

Sábado 13 de Junio de 2015

París, la esperanza climática

Qué se puede esperar de la cumbre climática de noviembre y diciembre en París

José Luis Lezama

La tragedia de los comunes

Para el sistema de las Naciones Unidas llegar a un acuerdo en las negociaciones sobre el cambio climático en París, en diciembre del presente año, es cuestión de vida o muerte. De no lograrlo pondría en cuestionamiento la validez de su papel como mediador y conciliador de las disputas climáticas y los problemas que nacen de la convivencia internacional; sería elevar a modelo de vida y darle el estatuto moral del **deber ser** a la **Tragedia de los Comunes**, un estado de la convivencia en el que lo único que importa es el aprovechamiento de los bienes comunes para beneficio individual y la transferencia a la sociedad, o a la naturaleza, de todos los perjuicios de una forma egoísta de vivir en sociedad, llevando con ello a la extinción no sólo a los bienes y recursos del mundo, sino a la misma convivencia civilizada.

Nada pues más alejado del espíritu fundacional de las Naciones Unidas. Simplemente por ello tiene que haber acuerdo en París. El problema es qué tipo de acuerdo se obtendrá después de mas de veinte años de negociaciones fallidas en las que, el objetivo principal, la disminución de las emisiones de gases de efecto invernadero y la estabilización del clima planetario para no superar el fatídico umbral de los 2°C, no se lograron.

París no puede fallarle al clima planetario

París 2015 se está preparando con todo cuidado; no se quiere fallar. Lo cual no significa que no pueda fallar. Desde la COP 20 de Lima, el año pasado, todo ha estado dirigido a la Cumbre Climática de París que iniciará a fines de noviembre y concluirá en diciembre del presente año. Todos los líderes mundiales parecen pensar en estas negociaciones bajo el lema de *Paris o morir*. **París diciembre 2015** se ha convertido en una fecha fatal, la solución del dilema: estabilización climática planetaria o el apocalipsis; una especie de *Año Mil*, que anuncia un posible fin del mundo, castigo divino por los excesos de la civilización moderna contra la obra de la creación.

En noviembre del año pasado los presidentes Barack Obama y Xi Jinping sorprendieron a la comunidad internacional al anunciar un acuerdo bilateral en el cual Estados Unidos se comprometió a reducir sus emisiones entre un 26 y 28 por ciento al año 2025, con base a los niveles de 2005, y China ofreció llegar al pico de sus emisiones en el 2030, y alcanzar un 20 por ciento en producción de energía renovable. Este fue el momento de arranque para preparar el terreno a París 2015 y sus posibles acuerdos. Un mes después, en diciembre de 2014, la COP 20 de Lima delineó algunos de los puntos a negociar en París. Todo el 2015 ha estado lleno de preparativos y anuncios para no llegar a París con las manos vacías.

En mayo hubo una reunión de alto nivel entre empresarios mundiales y gobiernos, auspiciada por Naciones Unidas. El pasado jueves 11 de junio concluyó la Reunión sobre Cambio Climático efectuada en Bonn, como preparatoria para la de París. Se trataba de avanzar en un documento base sobre el que se viene trabajando desde el año pasado; uno de los objetivos era reducir su tamaño. Al final de la reunión se logró la hazaña de disminuirlo de 89 a 85 páginas, lo cual sigue siendo inmanejable. La discusión en Bonn adelantó en mucho la que tendrá lugar en París. Lo básico y problemático sigue girando alrededor de 2 temas: **la reducción de emisiones y el financiamiento** a los países pobres. Llegado el momento las conversaciones se atoraron simplemente en la adopción de frases o palabras que parecieran triviales, pero para los países involucrados resultan cruciales. Por ejemplo “**compromisos diferenciados**” o simplemente “**Compromisos**

y contribuciones”, para referirse a las metas para disminuir emisiones entre países ricos y pobres, son frases que confrontan a China y a Estados Unidos

A principios de junio, también en Alemania, se reunió el **G7** y anunció algo que podría parecer sorprendente: la eliminación de los combustibles fósiles como motor de la economía mundial para fines de la presente centuria. Próximamente el Papa Francisco dará a conocer a los países y ciudadanos del mundo su Encíclica sobre el cambio climático, en la cual dejará claro la necesidad de combatirlo, pero como parte de una concepción que incluye el combate a la pobreza, la desigualdad y la defensa de la dignidad humana.

En julio se reunirán los científicos más representativos de la ciencia climática mundial para discutir la situación actual del clima planetario y respaldar las negociaciones de París. También en julio se volverán a reunir los negociadores presentes en Bonn para proponer otra versión del borrador de acuerdo, el cual se espera sintetice en muy pocas páginas lo esencial de lo que se negociará en París. En septiembre las Naciones Unidas abrirá un espacio para las negociaciones climáticas en su reunión ordinaria anual.

El gobierno francés es hoy día tal vez el más deseoso de garantizar el éxito de la cumbre climática de diciembre. El presidente Hollande, la ministra de medio ambiente Ségolène Royal y el ministro del exterior Laurent Favius sostienen que no se puede llegar a un acuerdo sin involucrar el tema de la pobreza y sin pensar en la ayuda demandada por las naciones pobres. Mientras tanto, la jefa de la diplomacia climática francesa ante las Naciones Unidas, Laurence Tubiana, ha dicho que si los países de la comunidad internacional no llegan a París con un borrador de **Acuerdo** apropiado, Francia propondrá un documento alternativo, que serviría de base para las negociaciones y el eventual acuerdo que ella ha nombrado ya como **“La Alianza de París”**. Todos ellos están conscientes de la necesidad de dar un paso más de lo que se ha hecho antes y aprender de los errores del pasado, pero también lo están de que en París se volverán a presentar los desacuerdos que han descarrilado las negociaciones año tras año. No obstante, pareciera que nadie quiere fallarle a París.

¿Qué tipo de acuerdo climático saldrá de París?

Saldrá un documento, un acuerdo híbrido, parte obligatorio y parte voluntario. No habrá un acuerdo vinculante, obligatorio para reducir emisiones. No habrá un tribunal internacional encargado de sancionar el no cumplimiento de las obligaciones, ni una fiscalía internacional con jurisdicción para vigilar el cumplimiento de cada país. Se llegará a un acuerdo parcial, esencialmente voluntario, y se propondrá un plan calendarizado para continuar en los años siguientes con negociaciones sobre aspectos concretos, complementarios al acuerdo central y para readecuar las metas y los ofrecimientos de reducciones de emisiones que los países propongan para después de 2020.

Se avanzará también en los esquemas de financiamiento para ayudar a los países pobres a mitigar y adaptarse al cambio climático; habrá ofrecimientos concretos que mande la señal de que los países desarrollados cumplirán su palabra referente a la ayuda financiera que ofrecieron en Copenhague en el 2009. Ésa es una carta que el mundo desarrollado se reserva para agradar a los países pobres y a la comunidad internacional. Antes tendrá que resolverse la cuestión de quién aportará el dinero. Los países pobres se lo exigen a los gobiernos ricos; pero éstos desean que sean los organismos internacionales y/o el sector privado.

China, Estados Unidos e India, con todas sus diferencias, coinciden en oponerse a los acuerdos vinculantes. China piensa que en términos *per cápita* no ha llegado aún a emitir gases de efecto invernadero (GEI) suficientemente como para sentirse legalmente obligado a reducir sus emisiones; no obstante, avanza tremendamente en la inversión y producción de energía renovable. India en reunión conjunta con China en mayo pasado declaró, en voz de su primer ministro, que no puede parar de emitir GEI en vista de que requiere de la industrialización para salvar a su pueblo de la pobreza y miseria: parece que a su clase política le preocupa mucho sus pobres. Esa posición la comparte casi todo el mundo no desarrollado.

Estados Unidos basa todos sus ofrecimientos en medidas voluntarias; sus propuestas para reducir emisiones consisten en medidas administrativas, en el marco de las actuales leyes y normas ambientales. Todo mundo sabe que nada de lo que se acuerde en París debe molestar al **Congreso** estadounidense porque será vetado. Todos los negociadores están conscientes de esto. El ministro francés del exterior Laurent Favius lo dijo sin mayores rodeos: “no se puede acordar nada que tenga que pasar por el Congreso

americano”. Aunque quisiera, el presidente estadounidense no puede firmar ningún acuerdo internacional; ésa es una decisión que corresponde al Senado.

¿Y qué pasará después del Acuerdo?

Si habrá acuerdo en París, un acuerdo que intentará ser *amigable* con el medio ambiente, que pretenderá, por sobre todas las cosas, no sólo darle a París el privilegio de llegar a un acuerdo climático después de años de intentos fallidos sino, sobre todo, que buscará darle credibilidad al sistema de las Naciones Unidas en la solución de las disputas y los desacuerdos que nacen de la convivencia internacional.

Los negociadores saldrán felices, el anfitrión refrendará la efectividad de su tradición diplomática. Luego vendrá el despertar a la realidad. La disputa por los mercados, las materias primas y los consumidores del mundo, la verdadera ley de la economía y la política renuente a los acuerdos y **sistemas regulatorios**, la constatación de la diferencia entre los discursos de los gobernantes y las acciones climáticas reales; la no correspondencia de los acuerdos con el funcionamiento de la economía real; una economía que para evitar el colapso requiere producir y consumir incesantemente naturaleza y trabajo humano baratos; pero que para lograr verdaderas metas ambientales requeriría no sólo descarbonizar las economías de los países desarrollados, sino particularmente descarbonizar la economía China e India, países con los que el mundo desarrollado mantiene relaciones económicas estrechas, conformando juntos el sistema económico mundial. Lo que pasa en China es también responsabilidad del mundo occidental.

China e India, primero y tercero en el *ranking mundial de emisores*, no existen aisladas, no están separadas de la economía mundial hoy día comandada por las naciones desarrolladas. Sus sistemas productivos altamente contaminantes no producen únicamente para sus mercados internos. Muchas de las grandes corporaciones del mundo desarrollado se encuentran instaladas en China, donde en los hechos no hay regulaciones ambientales y la fuerza de trabajo no vale nada. Las mercancías baratas que allí se producen van dirigidas a los consumidores del mundo occidental, tanto de los países desarrollados como de los no desarrollados. China e India funcionan como una especie de *outsourcing* para las economías y los

consumidores del mundo desarrollado y no desarrollado. Por lo tanto las emisiones de GEI que allí tienen lugar son responsabilidad también del sistema económico mundial tomado como un todo.

Cuando las negociaciones se cierran en París y la felicidad invade a los negociadores, las emisiones podrán seguir su marcha ascendente. Podrá constatarse que tal vez para detener las emisiones y el cambio climático que, a decir de los expertos, amenaza la vida planetaria, habrá que esperar o un colapso económico que detenga las emisiones al paralizar el sistema económico mundial, o el milagro de una solución tecnológica; o bien lo que pareciera incursionar en el campo de la utopía: procurar un cambio en las formas de producir y consumir, en los estilos de vida, en los valores de una sociedad moderna sometida a la economía, esto es, a la maximización de la rentabilidad y la ganancia, al margen de las necesidades humanas.

Tendrá que inventarse pues una forma nueva, distinta, de relación con la naturaleza, no sustentada en su sometimiento y expoliación para evitar así, no sólo el colapso ecológico, sino también el financiero, ambos estrechamente vinculados. En los hechos, más allá del discursos y la *bondad* de los gobernantes y de quienes gobiernan la economía y la política mundial, sólo la ciudadanía del mundo, las prácticas de vida concretas, las acciones concretas de ciudadanos conscientes podrán cambiar la tendencia autodestructiva de la sociedad moderna en su relación con el mundo natural.

<http://joseleuzama.blogspot.mx/>

www.joseleuzama.com

@jleuzama2